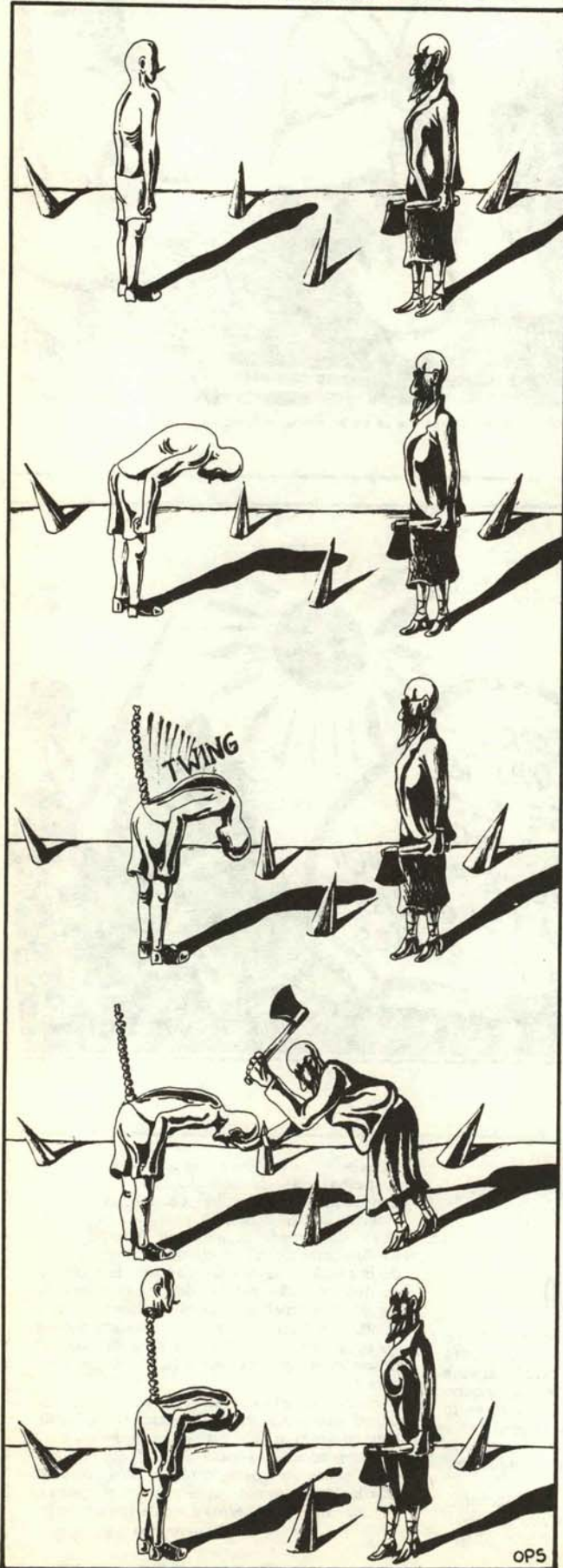




CUANTO MAS CAMBIA...

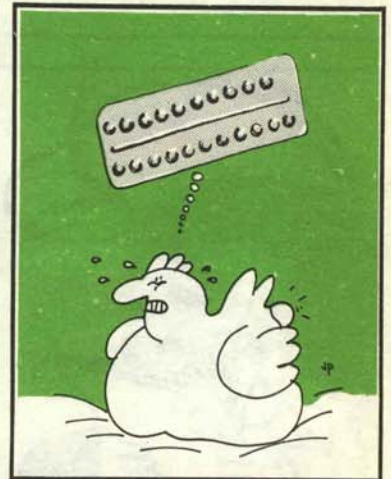
Reverencias



Por ejemplo, la sangre. Antes la sangre la tenían azul los señores feudales en virtud de su falta de trabajo y ahora quienes la tienen azul son los obreros en virtud de su trabajo, y se da la paradoja de que los campesinos, que nunca la tuvieron azul, se dan el pico ahora, por lo que al color de la sangre se refiere, con los descendientes de esos señores feudales que comenzaron a cromatizarse hemáticamente. En los tiempos feudales estaba muy fino eso de vivir en salones sombríos, todo piedra y ojivas, cuero y madera, ceños fruncidos y puñaladas a la vuelta de la esquina, donde el sol no penetraba y la consecuencia era la piel blanca surcada de venillas azules, como ríos de esperanza por entre un llano nevado («perla en frente blanca», como dice Dante elogiando la elegancia epidérmica de su tiempo, «casi imposible de ver»), mientras los rudos campesinos y obreros del castillo se atezaban la piel a sol vivo. Hoy en día, como sabemos todos, pasa justo lo contrario: la sangre azul, lo que se dice azul, eso

de los ríos de esperanza entre llanuras nievas, la tienen precisamente quienes menos esperanza debieran sentir, es decir, los que, por su trabajo, en vez de irse a Marbella a tostarse tienen que jorobarse el día entero entre cuatro paredes y salir de ellas cuando ya se ha ido el sol y se sigue viviendo en brumas medievales. A pesar de eso, como los de la clase alta lo quieren todo, ahora siguen diciendo por ahí que los que tienen sangre azul son ellos, y no sólo lo pasan en grande tostándose en Marbella, sino que a los obreros y covachuelistas que se blanquean ocho horas al día y echan cada vena azul que tiembla el misterio, les quitan la principal ventaja que sacan de ese estado de cosas, que es la sangre azul. En fin, que hay gente que lo quiere todo, que la sangre azul sigue tan pancha y que los que cambian son sus detentadores. Está visto, como venimos repitiendo, que cuanto más cambian las cosas tanto más se parecen a sí mismas.

B. WOLF



LA FELICIDAD DEL W. C.

Entre las actividades que el humano en cuanto animal debe realizar, existe una que está estúpidamente desprestigiada, como si de algo indigno se tratara. Nos referimos a la deposición. Y es absurdo por cuanto resulta ser éste de la evacuación intestinal uno de los momentos más felices del mortal. Sentado en el retrete, la sensación de paz y sosiego que se respira es inenarrable; es el tiempo óptimo de leer a Marcuse o Lukács, y profundizar con el pensamiento en los temas más audaces. Desde Aristóteles hasta Bertrand Russell, todos los grandes filósofos que en el mundo han sido alumbrados sus teorías en el W. C., aunque por pudor se abstuvieran de patentarlo.

Existe quien disfruta comiendo, se extasia ante los manjares, pero todos alcanzan un climax de felicidad cuando realizan una tranquila y sosegada deposición; con la diferencia de que el exceso de comer es un pecado capital nada

menos, la gula, pero el exceso en lo contrario no está perseguido ni anatemizado. La evacuación es un acto de naturaleza tan noble como la nutrición, pues proporciona un bienestar tanto material como espiritual, y por eso, por ser una continuación del otro, se debería realizar con ceremonial idéntico, en familia. ¡Qué maravilla sería contemplar a una familia en animada conversación sentada cada uno en su respectivo retrete! Se terminaría con la incomunicación, mal de nuestro tiempo, porque a todos nos gusta compartir los momentos de dicha.

Es preciso rehabilitar el acto de hacer de cuerpo, elevarlo a donde corresponde por su importancia. Un hombre realizando esta necesidad fisiológica se sublima, se contempla a sí mismo más trascendente, por lo que las reuniones políticas con este fin ganarían en interés y belleza.

PIBE HAMETE